

## *Los jesuítas brasileños y la agricultura de la caña entre la economía profana y la finalidad misional*

Dra. Rosa María MARTÍNEZ DE CODES  
Universidad Complutense de Madrid

El primer producto tropical que generó un tráfico trasatlántico importante no fue, como se sabe, americano, autóctono, sino de origen asiático. La caña de azúcar, difundida por los musulmanes en el Mediterráneo y por los europeos en los archipiélagos atlánticos, llegó finalmente al Caribe introducida por los castellanos hacia 1510.

El cultivo del azúcar se extendió con gran rapidez por las tierras bajas de México y más al sur hasta la costa del actual Perú, donde fue un próspero cultivo de regadío. Probablemente hubiese atraído el interés de los colonos y la inversión de capitales si la minería de la plata no hubiese revolucionado la incipiente estructura económica de la América española tan pronto como 1545 en el virreinato del Perú y 1546 en el virreinato de la Nueva España.

Las Antillas españolas, área privilegiada por su distancia al Viejo Mundo, perdió así, en el siglo XVI, la oportunidad histórica de poder desarrollar la exportación de azúcar en gran escala<sup>1</sup>.

Otro país, Brasil, supo capitalizar, en cambio, todas las ventajas y oportunidades que los factores geográficos físicos, climáticos, financieros y comerciales habían brindado antes a los habitantes del mar Caribe. Todos los sectores sociales de las recién creadas capitanías de Pernambuco y de Bahía se vieron muy pronto involucrados en la naciente industria azucarera de la colonia e iniciaron, desde la década de los años 1550, la exportación intensiva del oro blanco.

---

<sup>1</sup> Justo L. del RÍO MORENO y Lorenzo E. LÓPEZ Y SEBASTIÁN, «El comercio azucarero de La Española en el siglo XVI. Presión monopolística y alternativas locales», *Revista Complutense de Historia de América*, núm. 17, Madrid, 1991.

La Compañía de Jesús, pese a las agudas críticas externas y enconada resistencia interna que tuvo que afrontar por su participación, inicialmente prohibida por la Iglesia, en actividades comerciales, terminó participando en Brasil en una empresa comercial hondamente cuestionada por sus peculiares características.

La política de apertura practicada por el Prepósito General Acquaviva concediendo permiso a determinados colegios, primero en la Nueva España y luego en Brasil, para sembrar caña con finalidad comercial<sup>2</sup>, posibilitó a los jesuitas iniciarse en la actividad económica más lucrativa del Brasil colonial.

Sin embargo, llama la atención la tardía y escasa participación de los jesuitas brasileños en la industria azucarera, a pesar de las excepcionales condiciones que disfrutó Brasil durante la centuria 1580-1680, en contraste con la notoria preferencia de los jesuitas peruanos<sup>3</sup> y en menor medida mexicanos<sup>4</sup>, por este sector agrícola y su acertada política de inversiones.

Resulta todavía más sorprendente si consideramos que los primeros jesuitas en llegar al Nuevo Mundo, en abril de 1549, arribaron a Brasil donde se establecieron en un área, futura capitanía de Bahía, que reunía las mejores condiciones físicas, como su desarrollo posterior evidenció, para el cultivo y la producción masiva de miles de toneladas de azúcar<sup>5</sup>.

El retraso de la introducción de los jesuitas de Brasil en la industria azucarera, una década después de los jesuitas de la Nueva España<sup>6</sup>, y su tímida participación en el mercado nacional luso-brasileño, estimada entre un 2,5 % y un 3,0 % a finales del período colonial<sup>7</sup>, parecen tener una explicación en razones de índole ideológico-religioso y en la tardía

<sup>2</sup> Véase el escrutinio para que los jesuitas del colegio Máximo de San Pedro y San Pablo de México pudieran conservar y desarrollar su propiedad de Santa Lucía (1576-1586 en Herman W. KONRAD, *A Jesuit Hacienda in Colonial Mexico: Santa Lucía, 1576-1767*, Stanford, 1980, pp. 35-44; y Dauril ALDEN, «Agridulce: el papel de los jesuitas en la industria de la caña de azúcar en el Brasil colonial: 1601-1759», *La Iglesia en la economía de América Latina siglos XVI al XIX*, A.J. Bauer/comp., México, 1986.

<sup>3</sup> Pablo MACERA, *Trabajos de Historia*, Lima, 1977, T. III, pp.26-39.

<sup>4</sup> François CHEVALIER, *La formación des grande domaines au Mexique*, París, 1952, pp. 314 y ss., y James Denson RILEY, *Hacendados jesuitas en México*, México, 1976.

<sup>5</sup> Ward J. BARRET y Stuart B. SCHWARTZ, «Comparación entre dos economías azucareras coloniales: Morelos, México y Bahía, Brasil», *Haciendas. Latifundios y Plantaciones en América Latina*, coordinado por E. Florescano, México, 1975, pp. 538-540.

<sup>6</sup> DENSON RILEY, *Hacendados jesuitas...*, p. 32.

<sup>7</sup> La estimación se basa en los datos aportados por ALDEN, «Agridulce...», p. 428.

política de inversiones realizada por la Compañía en los últimos setenta años previos a su expulsión; precisamente cuando el azúcar brasileño había dejado de ser competitivo en el mercado atlántico.

Intentar explicar la actitud y el comportamiento de los jesuitas del Brasil en la agricultura de la caña en base a lo que podríamos denominar inhibición por motivos religiosos de la Compañía y falta de sentido de la oportunidad, por la tardía política inversionista que realiza en la industria azucarera, puede parecer un enfoque parcial del problema; aunque, en última instancia, los indicadores que ofrece el estado actual de la investigación apuntan en ambas direcciones.

Los motivos que indujeron a los jesuitas a involucrarse en la agricultura de plantación más importante del Brasil fueron similares a los que impulsaron a sus compañeros de México y Perú, años antes o después: la necesidad acuciante de fuentes financieras para poder mantener las endeudadas instituciones que administraban.

En Brasil, los primeros ensayos de construcción o adquisición de plantaciones azucareras en la capitanía de Bahía durante la primera mitad del siglo XVI enfrentaron una gran controversia debido a las persistentes dudas de los miembros del Colegio de Bahía respecto a la legitimidad del proyecto.

Tales dudas eran producto de una rigurosa oposición por parte de los superiores de la Compañía a que los jesuitas participaran en actividad comercial alguna, por considerarlo contrario a las normas de la Iglesia<sup>8</sup>, a pesar de que como señalaba el general de los jesuitas, Francisco de Borja, «parece que no es esa tierra para vivir de limosna»<sup>9</sup>.

La dinámica fundacional de la orden favoreció en el transcurso de la segunda mitad del siglo XVI la construcción de tres colegios: Bahía, Río de Janeiro y Olinda (Pernambuco) con sus respectivas misiones y casas o residencias dependientes<sup>10</sup>. Las dificultades de los jesuitas para coleccionar los estipendios regulares asignados por la Corona a los colegios mencionados, unidas al exceso de cargas que tales colegios sobrellevaban, provocaron un endeudamiento crónico que forzó a los jesuitas de Brasil a ensayar nuevas soluciones.

---

<sup>8</sup> Borja al P. Ignacio de Azevedo (primer inspector jesuita en el Brasil), 24 de febrero de 1566 y 30 de enero de 1567, en Serafín Leite, ed., *Monumenta brasílicas*, 4, Roma, 1956, pp. 346, 376-377.

<sup>9</sup> Borja a Luis de Gra, 1 de enero de 1566, *Monumenta brasílicas*, 4, p. 293.

<sup>10</sup> Robert RICARD, «Les jésuites en Brésil pendant la seconde moitié du XVI siècle (1549-1597)», en *Revue d'histoire des missions*, 14, París, 1937, pp. 321-366 y 435-470.

Fue la insatisfactoria situación económica y los problemas financieros que los colegios presentaban, estuviesen donde estuviesen<sup>11</sup>, lo que condujo al general Acquaviva a ordenar en 1594 que si los colegios producían su propia azúcar, la empresa no sería contraria a las reglas de la Compañía ni a los votos de pobreza individual que realizaban sus miembros. De hecho, el responsable de la orden en Brasil, Manuel Nóbrega, había intentado en décadas anteriores con poco éxito, comercializar los excedentes pecuarios y de azúcar que en algunas ocasiones había recibido la Compañía en concepto de estipendio real sobre los diezmos del azúcar<sup>12</sup>.

El rechazo mental de algunos miembros de la Compañía a intervenir en cualquier actividad comercial, pese a ser ya en el siglo XVII una actividad legítima, agravado por los escrúpulos que producía el uso de mano de obra esclava, provocaron, a mi juicio, la fluctuante y controvertida participación de los jesuitas a lo largo del siglo XVII en la industria azucarera del Brasil.

De las cinco plantaciones azucareras adquiridas por la Compañía en la capitania de Bahía sólo tres ingenios lograron sobrevivir en el transcurso del siglo XVII: el ingenio **Pitanga**, adquirido por el Colegio de Bahía en 1643, y los ingenios **Sergipe do Conde** y **Santana de Ilhéus** propiedad del colegio portugués Santo Antão, única casa jesuita peninsular que tenía posesiones azucareras en Brasil<sup>13</sup>.

En el caso de **Pitanga** las ganancias brutas anuales, estimadas en 2.000.000 reis hacia 1650, no fueron óbice para que un sector del colegio, contrario al comercio azucarero, promoviera su venta en 1685. Década crítica en que la depresión prolongada de este producto tropical en el mercado atlántico devaluó la propiedad impidiendo su traspaso hasta mediados de la centuria siguiente<sup>14</sup>.

<sup>11</sup> Los informes elaborados por Alexander Valignano, máximo dirigente jesuita en Oriente, en 1583, denunciando las dificultades fiscales de la orden y la necesidad de comenzar a participar en el comercio de la seda entre China y Japón, evidencian que no era una problemática regional, sino común a la mayoría de las instituciones de la Compañía en sus primeros años de andadura. Véase José Luis ÁLVAREZ-TALADRIS, ed., Alexander Valignano, S.I., *Sumario de las cosas del Japón (1583), Adiciones del sumario... (1592)*, Tokio, 1954.

<sup>12</sup> Fue la fórmula arbitrada por la Corona ante las múltiples quejas emitidas por los jesuitas de que se les pagaba mal y tarde las dotaciones concedidas a sus colegios. *Cartas, informações, fragmentos históricos e sermões (1554-1591)*, ed. A. de Alcántara Machado, Río de Janeiro, 1933, p. 413.

<sup>13</sup> Dauril ALDEN, «Agridulce...», pp. 413-417.

<sup>14</sup> Serafim LEITE, S.J., *História de companhia de Jesus no Brasil*, Río de Janeiro, 1938-50, vol. 5, pp. 256-259.

La posesión y administración por parte del Colegio de Santo Antão del ingenio **Sergipe do Conde**, considerado «el rey de los engenhos», bien puede ilustrar la aprensión de ciertos sectores de la Compañía a invertir en una industria de alto costo humano.

La plantación más grande de la Bahía del siglo XVII que había experimentado distintos niveles de producción desde su inicial explotación por parte de la familia Mem de Sá, en el año 1572, hasta el posterior acuerdo entre los colegios jesuitas de Bahía y Santo Antão y la Casa de Misericordia del Salvador entre 1659 y 1663<sup>15</sup>, producía aparentemente una ganancia bruta del 8,5 % en 1635<sup>16</sup>.

La gestión de los jesuitas al frente de la misma desde la década de los años 1660 mantuvo alta la curva de producción y de rendimientos hasta finales de siglo, elevando la cifra de más de 4.000 arrobas por año, en el período 1628-1629/1637-1638, a 6.000 arrobas anuales, pese a lo cual el colegio de Lisboa proyectó venderlo, a fines de la centuria, sin hallar compradores que pudieran disponer de capital suficiente para su explotación.

La documentación evidencia que tales niveles de rendimientos sólo se podían mantener realizando fuertes inversiones en el reemplazo periódico de la mano de obra esclava y en la actualización del utillaje<sup>17</sup>. Todo parece indicar que la iniciativa de los jesuitas de querer desprenderse de un ingenio tan próspero, no fue debida a razones económicas, sino al alto costo en fuerza laboral esclava que requería el ingenio para obtener ganancias. Costo que debió parecer excesivo al colegio, si consideramos que su otra propiedad azucarera bahiana, el ingenio **Santana de Ilhéus**, requería 119 esclavos para producir alrededor de 700 arrobas anuales a mediados de la década de 1670<sup>18</sup>.

En otras dos capitanías, Pernambuco y Río de Janeiro, construyeron los jesuitas ingenios azucareros. La invasión holandesa de Pernambuco expulsó a los jesuitas de la capitanía azucarera más productiva del Brasil y fue sólo a mediados de 1660 cuando volvemos a encontrar a los jesuitas

<sup>15</sup> Sobre los orígenes y la historia de los diversos litigios de esta plantación véase LEITE, *História da companhia...*, vol. 5, pp. 243-251; Herbert E. WETZEL, *Mem. de Sa. terceiro governador geral (1557-1572)*, Río de Janeiro, 1972, pp. 237-254, y Stuart B. SCHWARTZ, *Sugar plantations in the formation of Brazilian Society Bahia, 1550-1835*, Cambridge University Press, 1985, pp. 489-497.

<sup>16</sup> *Documentos para a história do açúcar*, Río de Janeiro, 1954-1963, vol. 2, pp. 133-267.

<sup>17</sup> *Arquivo Nacional da Torre do Tombo, Cartorio jesuítico*, maço 68, núms. 132 y 134,

<sup>18</sup> *Ibidem*, maço 15, núms. 23 y 24.

del colegio de Olinda invirtiendo en una propiedad azucarera, **Monjope**, que reconvertirían treinta años después en una instalación recreativa<sup>19</sup>.

De nuevo encontramos aquí el abandono de un ingenio que a principios de la década de 1690 estaba produciendo casi un tercio de los ingresos del colegio.

La integración de los jesuitas en la industria azucarera de Río de Janeiro que contaba con 60 medianos y pequeños ingenios de un total estimado de 350 plantaciones para todo el Brasil, según el informe de Pedro Cadena Vilhasanti del año 1629<sup>20</sup>, fue igualmente inestable. Sólo el ingenio Velho, perteneciente al colegio de Río de Janeiro, permaneció productivo a lo largo de la centuria, sobreviviendo a las adversas condiciones del sector, y proporcionando al colegio casi la mitad de sus ingresos: el 44,6 % en el año 1683-1684<sup>21</sup>.

¿Hasta qué punto las convicciones de los jesuitas respecto a lo inapropiado de participar en actividades comerciales frenó su incorporación plena a la producción más rentable del Brasil colonial en las tres últimas décadas del siglo XVI y primera del siglo XVII, período en que el crecimiento de la industria azucarera en las capitanías de Pernambuco, Bahía y Río de Janeiro fue sorprendentemente rápido en sus cerca de 200 ingenios?<sup>22</sup>

La correspondencia de los superiores de la orden con los jesuitas en Brasil no deja lugar a dudas<sup>23</sup>. La aparente autonomía de los colegios en materia de administración económica no lo fue respecto a la toma de decisiones esenciales, tales como la apertura a la comercialización y las tomadas respecto a la vigilancia y control de sus propiedades, que fueron arbitradas desde el gobierno central.

<sup>19</sup> LEITE, *História da companhia...*, vol. 5, pp. 423-425.

<sup>20</sup> Frederic MAURO, ed., «Descripción de la provincia del Brasil», *Le Brasil au XVII siècle*, Coimbra, 1963.

<sup>21</sup> ALDEN, «Agridulce...», ver cuadro 1, p. 419.

<sup>22</sup> En el período 1570-1583 el ritmo de crecimiento anual en Pernambuco fue de un 8,4 por 100, más elevado que el de Bahía (5,4 por 100). Sin embargo, en el período siguiente 1583-1612 ambos ritmos de crecimiento se igualaron (1,0 por 100 y 1,1 por 100, respectivamente), incorporándose el área de Río de Janeiro a la expansión con un ritmo de crecimiento de un 5,8 por 100. El volumen de la producción total del área se calcula en tono a las 5.000-9.000 Tm. de azúcar al año. Véase Stuart B. SCHWARTZ, «Brasil colonial: plantaciones y periferias, 1580-1750», en Leslie BETHELL, ed., *Historia de América Latina*, Barcelona, 1990, vol. 3, pp. 195-197.

<sup>23</sup> Diego Laynes (general a Nóbrega, trent, 16 de diciembre de 1562, *Monumenta brasiliensis*, 3, p. 516; Borgia a Luis de Grã, 10 de enero de 1566, e, «Instrução», 24 de febrero de 1566, *Monumenta brasiliensis*, 4, pp. 292 y 394.

Si bien las limitaciones jurídicas y religiosas dejaron de ser un obstáculo para los colegios afectados, a partir del cambio de política realizado por el general Acquaviva en 1594, los miembros de la Compañía en Brasil encontraron un impedimento de perfil ético y moral difícil de soslayar: la industria azucarera, negocio estrechamente vinculado a las ganancias y a las pérdidas, requería una fuerza laboral esclava de fácil reposición que ponía en entredicho la lucha que los jesuitas llevaban a cabo en pro de la libertad de los indios, y mostraba cuán contradictoria resultaba la explotación de la esclavitud negra para financiar en última instancia la libertad y evangelización de los indios en sus múltiples misiones y colegios.

Parece ser que el empleo de esclavos de origen africano en las haciendas y plantaciones de la Nueva España y de Perú no planteó a la Compañía los mismos problemas que suscitaron en Brasil. Herman W. Konrad, en su estudio sobre los jesuitas en el México colonial, afirma que «Cuando el padre superior resolvió en favor de la intervención directa de los jesuitas,...en lo sucesivo, los jesuitas ya no cuestionaron la moralidad de su condición de dueños de esclavos»<sup>24</sup>.

Por su parte Pablo Macera, en sus trabajos sobre el Perú donde los esclavos negros llegaron a configurar una parte importante de la fuerza de trabajo rural en la costa, estimándose en 5.224 esclavos el total empleado por la Compañía en 1767<sup>25</sup>, argumenta que «la importancia económica del esclavo determinó el desarrollo de una política por parte de sus amos tendiente a procurar el mejor rendimiento de la inversión realizada. Los jesuitas fueron en esto verdaderos maestros y precursores pues se ingeniaron en aplicar normas demográficas morales, de alimentación y trabajo que de un lado les procuraban la lealtad del esclavo y del otro les garantizaban la eficacia del esfuerzo»<sup>26</sup>.

En mi opinión, las condiciones favorables que se dieron en el Brasil colonial transformando la inicial colonia de asentamiento en una colonia de plantación tropical capitalizada desde Europa y especializada en un cultivo basado, inicialmente, en la esclavitud de los indios americanos y, después, mayoritariamente en la de los trabajadores negros importados de Africa, obligó a los plantadores, laicos o religiosos, a consumir esclavos

---

<sup>24</sup> KONRAD, A *Jesuit Hacienda...*, p. 277.

<sup>25</sup> Magnus MORNER, «Economía rural y sociedad colonial en las posesiones españolas de Sudamérica», en Leslie BETHELL, ed., *Historia de América Latina*, vol. 3, p. 128.

<sup>26</sup> MACERA, *Trabajos de Historia*, p. 83.

negros a un ritmo y en unas proporciones que la conciencia ética de los miembros de la Compañía difícilmente pudo asumir.

Un simple análisis de los factores que intervenían en la producción y funcionamiento de un ingenio indica que por encima del valor de la tierra, maquinaria, instalaciones y ganado el factor de inversión más importante, signo de riqueza, era la mano de obra esclava: «En Brasil, las propiedades más sólidas son los esclavos» afirmaba en 1729 el gobernador Luis Vahía Monteiro, «y la riqueza de un hombre se mide por tener un número mayor o menor de ellos...pues hay tierras suficientes, pero sólo el que tiene esclavos puede ser dueño de ellas»<sup>27</sup>.

La sustitución de la fuerza de trabajo indígena por la africana fue un proceso lento que parece haber concluido en la tercera década del siglo XVII como resultado de la legislación coercitiva de la Corona en favor de los indios<sup>28</sup>, del colapso demográfico y de la resistencia general de los indígenas al trabajo en plantación. En 1635 en una descripción del ingenio **Sergipe**, en Bahía, no se menciona ya ningún esclavo indio<sup>29</sup>.

El alto costo del esclavo africano frente al indio parece que fue compensado por su mayor resistencia, colaboración y nivel de productividad. En 1574 un trabajador agrícola indio costaba 8.000 reis o una cantidad equivalente a 143 kg. de azúcar, en contraste con los 20.000 a 25.000 reis a que ascendió el precio de los esclavos africanos entre 1574 y 1622. Convertido en kilos de azúcar al precio relativamente estable de 800 reis por arroba en aquel período, el valor promedio de un trabajador negro, en plena juventud, era de 401 kg. de azúcar para 1600<sup>30</sup>.

La agricultura de la caña requirió en Brasil un alto número de técnicos, artesanos y trabajadores especializados. La falta de estadísticas sobre el comercio de esclavos en este período de expansión de la industria azucarera brasileña no nos permite conocer con precisión el tamaño de la población esclava, aunque la documentación evidencia cierto nivel de especialización por parte de los primeros africanos introducidos como mano de obra de plantación y ciertas variaciones regionales existentes entre los puertos receptores y las regiones africanas. Bahía comerciaba intensamente con la costa de Mina, mientras que Río de Janeiro estuvo

<sup>27</sup> *Publicações do Arquivo Nacional*, 1915, XV, pp. 364-365.

<sup>28</sup> Mathias C. KIEMEN, *The Indian policy of Portugal in the Amazon Region, 1614-1693*, Washington, D.C., 1954; y SCHWARTZ, *Sugar plantations...*, pp. 53-54.

<sup>29</sup> «Inventário do engenho de Sergipe por morte de Men de Sá», 10 de marzo de 1572, *Documentos para a História do açúcar*, vol. 3, pp. 37-68.

<sup>30</sup> BARRET y SCHWARTZ, «Comparación entre dos economías coloniales...», p. 544.

más vinculado a Angola y Benguela. La demanda de negros de Guinea dominante durante el siglo XVI pasó a ser secundaria en el siglo XVIII<sup>31</sup>.

Se ha tendido a calcular el número de esclavos en el período en discusión en relación con la cantidad de azúcar producida. Los informes sugieren que un ingenio promedio necesitaba en el siglo XVII una media de 100 esclavos y el padre Cardim calcula que la población africana de Pernambuco, en 1585, oscilaba alrededor de los 2.000 esclavos negros en sus 66 ingenios, lo cual implicaría que dos tercios de sus esclavos todavía eran indios<sup>32</sup>.

Estas cifras han sido sometidas a revisión en base a los cálculos de producción estimados hacia 1600. Schwartz opina que el dato comúnmente aceptado de 100 esclavos por ingenio promedio, subestima el número total de esclavos en cada plantación al no tener en cuenta a los menores de 14 años y a los impedidos (hacia 1600 el 30 % de los esclavos del ingenio de **Sergipe do Conde** no podían utilizarse para el trabajo); ignorar que parte del trabajo lo realizaban los esclavos de los «lavadores de cana» que no pertenecían a la hacienda y sobrestimar la productividad por trabajador.

En base a estas consideraciones calcula que el azúcar producido en Brasil en 1600, alrededor de 8.400 Tm., hubiera requerido una fuerza de trabajo esclava entre 20.000 y 24.000 individuos<sup>33</sup>, cifra que posteriormente él ha rebajado a 13.000-15.000 individuos<sup>34</sup>.

Los datos mencionados indican que las cifras de la trata de negros fueron en el caso brasileño particularmente importantes. El nivel de importaciones estimado asciende a 4.000 esclavos anuales entre 1570 y 1630 y a 7.000-8.000 esclavos anuales hasta 1680, cuando el total de la población esclava alcanzó los 150.000 individuos<sup>35</sup>.

¿Pudo ser este el mayor obstáculo que hallaron en Brasil los jesuitas a la hora de incorporarse a una actividad comercial que consumía esclavos africanos a un ritmo acelerado? Parece muy probable que la disponibilidad de esta fuente de mano de obra fuese una de las razones de la rápida expansión de la industria azucarera a finales del siglo XVI, e incluso podría explicar el rigor del trato dado a una fuerza laboral que se reponía con gran facilidad<sup>36</sup>.

<sup>31</sup> Philip CURTIN, *The Atlantic Slave trade: A census*, Madison, Wis., 1969.

<sup>32</sup> Fernao CARDIM, *Tratados de terra e gente do Brasil*, São Paulo, 1978.

<sup>33</sup> BARRET y SCHWARTZ, «Comparación entre dos economías coloniales...», p. 544.

<sup>34</sup> SCHWARTZ, «Brasil colonial...», p. 204.

<sup>35</sup> *Ibidem*, p. 204.

<sup>36</sup> *Documentos para a história de açúcar*, vol. 2, pp. 8-37, y vol. 3, pp. 42-43.

El crecimiento natural no fue una alternativa viable para los plantadores en Brasil, debido a la alta mortalidad infantil y al alto coste de mantenimiento de un niño esclavo durante los 12 ó 14 primeros años de vida. Si a los elevados niveles de mortalidad infantil añadimos un marcado desequilibrio sexual, exarcebado por la tendencia a favorecer la adquisición de esclavos hombres más que mujeres y adultos por encima de los niños, entenderemos el porqué de la estrecha vinculación de este cultivo tropical a la importación masiva de esclavos africanos.

En Perú, donde el acceso al comercio de esclavos ofrecía mayores dificultades<sup>37</sup>, la Compañía procuró controlar el desarrollo demográfico de la población esclava ordenando un equilibrio de sexos que en teoría disminuiría a largo plazo la costosa importación de nuevos esclavos. Aunque las cifras no puedan extrapolarse para toda la población esclava jesuita del Perú, Pablo Macera apunta que el predominio masculino en las ocho haciendas por él estudiadas en la década de 1770 nunca sobrepasó el 10 % respecto al número de mujeres esclavas<sup>38</sup>. Cálculo muy inferior al que aporta Schwartz, basado en un informe de los esclavos agrícolas en el Recônvaco de Bahía entre 1689 y 1826, y que revela una proporción sexual de dos hombres por cada mujer<sup>39</sup>.

Otro dato a tener en cuenta y que podría explicar la baja inversión en la adquisición de esclavos negros de los colegios de la Compañía en Brasil, durante los siglos XVI y XVII, fue los problemas de endeudamiento constante que padecieron aquéllos.

Las cifras extraídas de las cuentas del ingenio **Sergipe** de Bahía revelan que, entre 1600 y 1650, un esclavo podía producir suficiente azúcar para recuperar en un plazo de trece a dieciseis meses su coste original. En la centuria siguiente el valor de reposición ascendió a treinta meses<sup>40</sup>.

Sorprendentemente la participación de los jesuitas en la producción de azúcar experimentó un crecimiento considerable en el tránsito del siglo XVII al siglo XVIII a pesar de la baja generalizada de precios en el mercado europeo, el incremento de la producción tropical en el mundo atlántico, derivado de la competencia de las colonias inglesas y holandesas del Caribe, y el alza continua en los costos, particularmente en el ramo de los esclavos, como acabamos de mencionar.

---

<sup>37</sup> Nicholas P. CUSHNER, *Lords of the land. Sugar, wine and jesuit estates of coastal Peru, 1600-1767*, Albany, New York, 1980, p. 90.

<sup>38</sup> MACERA, *Trabajos de Historia*, p. 85.

<sup>39</sup> SCHWARTZ, «Brasil colonial...», p. 205.

<sup>40</sup> *Ibidem*, p. 206.

Este cambio de actitud, observable desde la década de 1660 en Perú<sup>41</sup>, puede interpretarse como una huída hacia adelante de la Compañía de Jesús en las peores circunstancias productoras y comerciales que atravesaba la industria azucarera desde sus orígenes en Brasil.

De hecho, la década de 1680 contempló el punto más bajo en el desarrollo de la economía azucarera brasileña. Las dificultades internas de la colonia sometida a continuos impuestos extraordinarios por la Corona desde la década de 1640, para paliar los efectos de la guerra luso-holandesa y más tarde los de la Guerra de Restauración en Portugal, impidió a los plantadores acumular capital para invertir en los años 1670 y 1680, precisamente cuando la competencia del Caribe tendió a mantener los precios bajos.

La temporal recuperación de la década siguiente, favorecida por la interrupción de los suministros azucareros de Francia e Inglaterra de nuevo en conflicto, fue más ocasional que indicativa del final de la depresión; pues aunque ello permitió a Brasil elevar los precios del azúcar, los problemas de fondo de la agricultura de exportación fueron en aumento.

El descubrimiento de oro en Minas Gerais, después de 1695, produjo una demanda de mano de obra que elevó el costo de los esclavos a cifras insospechadas. En cincuenta años el precio de compra de un esclavo africano ascendió de 80.000 reis en 1700 a 140.000 reis en 1750<sup>42</sup>.

El alto costo de la fuerza laboral absorbida por el sector minero, con capital y crédito suficiente, provocó el abandono de algunos ingenios y la caída de la producción azucarera. Esta situación, sin duda, perjudicó a los productores marginales, pero posibilitó el acceso a la tierra a aquéllos que por diversas razones canalizaron sus inversiones en esta industria.

Parece ser, por las cifras que se conocen de la producción azucarera procedente de las principales propiedades jesuítas hacia 1750, que la Compañía supo sacar provecho de la depresión, ensayando tardíamente una política agraria que en términos generales probó ser satisfactoria.

Las razones que impulsaron a los jesuitas a incrementar sus inversiones en la agricultura de la caña, en lo que he denominado antes huída hacia adelante, no fueron otras que las necesidades financieras que padecían sus colegios, incapaces de generar los ingresos necesarios para atender las innumerables obligaciones religiosas contraídas. La rigurosa regulación institucional que la Compañía ejercía sobre sus entidades contem-

<sup>41</sup> CUSHNER, *Lords of the land...*, pp. 90-91.

<sup>42</sup> SCHWARTZ, «Brasil colonial...», p. 206.

plaba una administración económica parcialmente descentralizada que obligaba a sus colegios a gestionar los negocios de sus propias haciendas y fincas, manteniendo una cierta autonomía respecto al resto, hasta el punto de hacer exclamar a un encargado de sus bienes después del secuestro: «Los jesuitas unidos entre ellos en todos los asuntos sólo desconocían la unión en materia de intereses. Los Colegios cobraban recíprocamente unos de otros sus respectivos empeños. Y si alguno por sus atrasos no les podía dar cumplimiento, se aliviaban sus necesidades mediante la aplicación de ciertos fondos destinados a obras pías»<sup>43</sup>.

Excluidos del sector minero de la colonia y enfrentados a la colonización religiosa entre tribus selváticas o en tierras marginales que nunca habían sido económica y efectivamente incorporadas al régimen colonial, el esfuerzo de la orden se orientó a mejorar su gestión empresarial al frente de antiguas haciendas y plantaciones y a incrementar sus adquisiciones.

La puesta en marcha de una política de inversión y revalorización agraria ligó a la Compañía a una industria azucarera cuya mano de obra esclava suponía, hacia 1750, unos costos de mantenimiento y reposición del 35 % del total del desembolso anual<sup>44</sup>, pero simultáneamente proporcionó a cinco de sus colegios entre una y dos terceras partes de sus ingresos anuales (ver cuadro 1).

### CUADRO 1

*Porcentaje del ingreso de los colegios que se derivaba del azúcar (1683-1757)*

Año	Bahía	Río de Janeiro	Espíritu Santo	Olinda	Recife	Promedio
1694	27.7	37.7	60.0	28.3		
1701	29.9	35.1	66.6	54.1	48.1	39.1
1722	49.2	44.8	76.2		43.2	
1736		13.8				
1739		18.2				
1743		6.2			35.8	
1757	34.5	33.9	83.6	29.3	32.3	42.7
<b>Prom.:</b>	35.3	29.3	71.6	40.6	39.1	

Fuente: Alden, «Agridulce...», p. 427.

<sup>43</sup> Informe de C.F. Rodríguez, Lima, 20 de marzo de 1770 en «Expediente formado a consulta de la dirección de temporalidades...», *Temporalidades*, lg. 184.

<sup>44</sup> Frédéric MAURO, «Contabilidade teórica e contabilidade prática no século XVII», en *Nova história e novo mundo*, São Paulo, 1969, pp. 135-148.

La documentación evidencia dos modelos diferenciados de inversión en base a 1) una política de expansión territorial, construcción de obras hidráulicas y mejoras en el avío y mano de obra; y 2) mayor diversificación agrícola, mejoras técnicas e introducción de otras industrias (astilleros, telares, carpinterías, destilerías, etc.).

Colegios que en el siglo XVII no habían tenido ingenios, los construyeron o heredaron a lo largo del setecientos experimentando un espectacular crecimiento económico. Este fue el caso del Colegio de Santiago del Espíritu Santo, ubicado en la capitanía de Río de Janeiro, donde una acertada política de adquisición de tierras combinada con grandes inversiones en la construcción de obras hidráulicas y en la compra de esclavos triplicó los ingresos del colegio en menos de veinticinco años<sup>45</sup>. Similar fue el caso del Colegio de Río de Janeiro, donde los cañaverales del ingenio **Velho** fueron incrementados con los del más tardíamente construido ingenio **Novo**, produciendo ambas plantaciones en la década de 1730 alrededor de 5.600 arrobas<sup>46</sup>.

Paralelamente los jesuitas llevaron a cabo una política de diversificación agrícola que les otorgó una magnífica reputación como propietarios y administradores de fincas de pluricultivos. La plantación de **São Bonifacio**, situada en la capitanía de Maranhão, fue un complejo modélico de policultivos que después del secuestro fue tasada en 80.000.000 reis, el cuádruple del valor de tasación dado al destronado rey de los ingenios **Sergipe do Conde**<sup>47</sup>. Política similar se siguió en **Ibarajuba**, plantación diversificada en la capitanía de Pará, que producía no sólo azúcar, sino brandy, cacao, café, mandioca y otros cultivos<sup>48</sup>.

Una sombra oscureció la buena gestión empresarial de la Compañía al frente de sus plantaciones en los últimos años de su establecimiento en Brasil. Aquéllas situadas en la capitanía de Bahía, tanto las pertenecientes al Colegio de Bahía como las que originalmente pertenecieron al colegio de Santo Antão, apenas alcanzaron los niveles de producción de sus vecinas. Los casos más llamativos fueron sin duda los de **Sergipe do Conde** y **Santana de Ilhéus**.

El estudio de José Antonio Caldas revela que el número de ingenios en la región, en 1755, era de 172 y su producción promedio de 2.076

<sup>45</sup> ALDEN, «Agridulce...», p. 425.

<sup>46</sup> José de SOUZA AZEVEDO PIZARRO E ARAUJO, *Memorias históricas do Río de Janeiro*, 10 vols., Río de Janeiro, 1956, vol. 5, p. 104.

<sup>47</sup> LEITE, *História da companhia...*, vol. 3, pp. 120-121 y 190-191.

<sup>48</sup> *Ibidem*, vol. 3, pp. 303-305.

arrobos equivalentes a 30 Tm.<sup>49</sup>. Si bien la producción de **Sergipe** —2.619 arrobas— era superior al promedio, las pérdidas registradas por este ingenio desde mediados de la década de 1740 hasta 1754 ponen en evidencia que la gestión de la compañía no logró superar las dificultades históricas de un ingenio con una curva de producción de fuertes altibajos, consecuencia del absentismo, escasas inversiones, exceso de labradores de caña, desastres climáticos y epidemias<sup>50</sup>. Finalmente, al igual que el resto de la industria azucarera, la baja de los precios del azúcar en la década de 1730 aumentó un déficit permanente que la Compañía no pudo remontar en los últimos años de su gestión al frente de Sergipe.

La decidida participación de la Compañía en la agricultura de la caña desde principios del siglo XVIII hasta su expulsión estuvo, en líneas generales, coronada por el éxito. Éxito derivado de un plan concreto de trabajo para cada hacienda que requirió un buen conocimiento de las tierras adquiridas, de la mano de obra disponible, de la fuerza animal utilizable y de sus líneas de abastecimiento y transporte.

El conjunto de las trece plantaciones jesuitas conocidas en la época anterior a la expulsión producían 316 Tm., de las cuales 269 Tm. (85,3 %) provenía de los ingenios localizados en las tres capitanías productoras de azúcar más importantes, Pernambuco, Bahía y Río de Janeiro (ver cuadro 2).

Lamentablemente no contamos con una base estadística completa para esa década, pero los datos que se conocen del total de las exportaciones de azúcar desde las principales regiones brasileñas en 1790 arrojan un monto de 11.897 Tm.<sup>51</sup>. Alden calcula que en la década de la expulsión habría que rebajar esa cifra un 10 %, estimando el volumen de exportación 10.700 Tm., y las fincas jesuitas habrían aportado el 2,5 % de esa cantidad<sup>52</sup>.

Resulta evidente que la Compañía en Brasil no fue competitiva, en contraste con su actividad en el Perú donde su participación en la industria azucarera se calcula entre un 20 % y un 35 %<sup>53</sup>.

El desfase cronológico de ocho años entre los decretos de expulsión y confiscación sancionados por José I (3 de septiembre de 1759) y Carlos III

<sup>49</sup> *Notícia geral desta capitania de Bahia*, Salvador, 1951, pp. 420-438.

<sup>50</sup> SCHWARTZ, *Sugar plantations...*, pp. 229-234.

<sup>51</sup> Ver el cuadro 6 en SCHWARTZ, «Brasil colonial...», p. 331.

<sup>52</sup> Aún aumentando un 10 % para cubrir las ventas domésticas de los jesuitas, el valor total no supondría más allá del 3,5 %. ALDEN, «Agridulce...», p. 428.

<sup>53</sup> CUSHNER, *Lords of the land...*, p. 124.

## CUADRO 2

*Producción azucarera de las principales propiedades jesuítas, ca. 1750*

Finca y colegio	Núm. Arrobas	Fecha
1. Ibirajuba, Pará	350	1760
2. São Bonifacio, Maranhão	11,5	1760
3. N.S. da Luz, Recife	655,5	1756-1757 prom.
4. Monjope, Olinda	875	1757
5. Pitanga, Bahía	3.500	1757
6. Cotegipe, Bahía	2.100	1757
7. Sergipe do conde, Santo Antão	2.908	1745-1755 prom.
8. Pitinga, Santo Antão	1.130	1746,1748-51 "
9. Santana de Ilhéus, Santo Antão	308	1751-1752 prom.
10. Araçitiba, Espírito Santo	2.800	1757
11. Engenho Velho, Río de Janeiro	1.400	1757
12. Engenho Novo, Río de Janeiro	2.100	1757
13. Fazenda do Colégio (Goitacaces) (Río de Janeiro)	3.885	1757
<b>TOTAL</b>	<b>22,123</b>	<b>= 316 Tm.</b>

Fuente: Alden, «Agridulce...». p. 429.

(2 de abril de 1767) no pueden explicar la diferencia estimada, pero que duda cabe que los jesuitas en Brasil no pudieron beneficiarse de la recuperación del sector agrario costero iniciada en las capitanías de Pernambuco y Paraíba desde el inicio de los años 1760, en la de Bahía más notablemente desde finales de la década 1770 y en la capitanía de Río de Janeiro desde los años finales de 1780<sup>54</sup>.

Las únicas estimaciones completas que se tienen de las principales áreas productoras, correspondientes a los años 1790 y 1807, sugieren que las exportaciones brasileñas se duplicaron en ese período de 11.500-12.700 Tm. a 23.400-25.000 Tm.<sup>55</sup>

Si tenemos en cuenta que el estado actual de la investigación no permite apreciar diferencias en la estructura y organización de las industrias azucareras coloniales, ya que el proceso y la tecnología de la producción

<sup>54</sup> Una buena síntesis de los motivos de la recuperación puede leerse en SCHWARTZ, *Sugar plantations...*, pp. 415-438.

<sup>55</sup> SCHWARTZ, «Brasil colonial...», pp. 331-333.

de azúcar, la demanda de capital y la mano de obra, junto a las herencias culturales impusieron normas similares a los ingenios, los motivos del mayor o menor éxito de las plantaciones de la Compañía de Jesús en América hay que buscarlos en su mayor o menor grado de participación regional en la mencionada industria y en su administración interna.

Todo parece indicar que las plantaciones jesuítas fueron instituciones dinámicas que constantemente se ajustaron a los cambios de mercado, el crédito, la mano de obra y el clima.

En Brasil ese ajuste no se produjo en el período más favorable y rentable para los productores azucareros (1580-1680), sino en el siglo XVIII en el que la tendencia secular, a pesar de recuperaciones ocasionales, fue a la baja. La coyuntura de mercado desfavorable no inhibió a los jesuitas de realizar mayores inversiones que las efectuadas hasta entonces, pero fue además una administración pormenorizada al frente de sus haciendas lo que le aseguró un éxito superior al previsible. La Corona que les sucedió en la administración de la tierra pretendió seguir en todo los métodos adoptados por la Compañía de Jesús.

En el caso de la expulsión de los jesuitas del Perú, la continuidad en el manejo de las haciendas y en su sistema de contabilidad fue muy notable. Por orden del 16 de octubre de 1767, el virrey Amat prescribió la redacción de unas **Cartillas** «donde con distinción de tiempos, lugares, remesas y demás circunstancias... quede una regla segura en lo sucesivo para su fomento, sin otra mudanza que la de las manos, por donde ayan de correr»<sup>56</sup>.

Incluso se instauró desde 1769 el sistema de vigilancia y control utilizado por la Compañía —las Visitas de hacienda— con fines, en esta ocasión, fiscalizadores y judiciales<sup>57</sup>.

Los informes enviados por dos visitadores, Pedro Villanueva y Agustín de Landaburu, a la administración central sobre el estado de la caña en la costa central peruana han puesto en cuestionamiento la opinión generalizada de los contemporáneos respecto a la destreza y aptitud de los jesuitas en la administración de sus haciendas<sup>58</sup>. Empero, las críticas realizadas en ambos casos concretos conocidos no modificaron la decisión de

<sup>56</sup> MACERA, *Trabajos de Historia*, p. 59.

<sup>57</sup> El régimen de Visitas fue común tanto a la administración secular del Estado Español como a las diversas clases de administraciones religiosas. Véase Ismael SÁNCHEZ BELLA, *Derecho Indiano: Estudios. I. Las Visitas Generales a Indias*, Pamplona 1991.

<sup>58</sup> Macera publica el Informe del año 1770 de D. Agustín de Landaburu sobre las haciendas de los valles de Chancay y Huera en *Trabajos de Historia*, pp. 101-107.

ambas Coronas, cuando decidieron administrar por su cuenta los bienes secuestrados y mantener los mismo métodos y controles ejercidos por la Compañía.

La mayoría de las propiedades urbanas fueron puestas a la venta con gran rapidez, pero las propiedades azucareras, estancias de ganado y tierras dedicadas a agricultura extensiva fueron retenidas y administradas por agentes de la burocracia real con la finalidad de explotarlas en provecho de la Corona.

Los remedios contra la crisis económica del Imperio portugués, instrumentados por el marqués de Pombal, y la ostensible recuperación y expansión de la industria azucarera en el Brasil costero no impidieron que en apenas tres décadas la Corona decidiera deshacerse de la mayor parte de las tierras de los jesuitas<sup>59</sup>.

Las razones aducidas para explicar este cambio de actitud apuntan generalmente a destacar la pérdida constante de valor de las propiedades secuestradas, por incompetencia, deshonestidad y negligencia de los empleados reales, venta de los esclavos capacitados y saqueo de haciendas y plantaciones.

Los informes manejados nos permiten afirmar que la administración jesuita logró superar con éxito los escollos que hicieron fracasar a la administración real, en una coyuntura económica de profunda recesión en la industria azucarera.

---

<sup>59</sup> Schwartz menciona que más de 30 ranchos de ganado pertenecientes a los jesuitas en Piauí y la finca de policultivo de Santa Cruz en Río de Janeiro, continuaron siendo propiedad del Estado hasta bien entrado el siglo XX. Véase «Brasil colonial...», p. 320.